

“Misericordioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

3ª etapa

Quiso su Iglesia para compartir su vida

Capilla de la Virgen María

El albergue, la Iglesia: la palabra de Dios, la Virgen María y los sacramentos

“...Lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo.

Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: «Cúidalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.»” (Lc 10, 34-35)

El albergue es la Iglesia, a la que Cristo nos confía. La Iglesia es el lugar donde recibimos la Palabra de Dios y los sacramentos. Esta Palabra de vida, transmitida a través de la Sagrada Escritura, se resume en el doble mandamiento del amor: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia, y al prójimo como a ti mismo». (Lucas 10, 27)

El amor de Dios, el amor del prójimo, son las «dos monedas de plata» que Cristo nos vuelve a poner en la Iglesia esperando su devolución al final de los tiempos.

Recibimos cada uno dos versículos de las Escrituras que estamos invitados a meditar: nos preparan para cruzar la santa Puerta y para prolongar nuestro proceso en nuestra vida cotidiana.

«Para ser capaces de misericordia, entonces, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige.»

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 13)

La Iglesia es también el lugar donde María, la Madre del Salvador, nos acoge a todos.

“El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia [...]. Su canto de alabanza, en el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende «de generación en generación» (Lc 1,50) [...]. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno. Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del **Salve Regina**, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 24)

En la Iglesia, nos apoyamos en la fe que confesó San Pedro y transmitieron los apóstoles. En el marco de un proceso para recibir la indulgencia plenaria del Año Santo, se propone fijar una parada delante de la estatua de San Pedro para recitar el Credo (Yo creo en Dios), en comunión con el papa Francisco, sucesor de Pedro.